

REVISTA ESPIRITISTA,

PERIÓDICO

DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS.

RESÚMEN.

Sección doctrinal: El Espiritismo y el suicidio.—El P. Gratey. III.—Cartas sobre el Espiritismo por un cristiano, XIV.—*Espirítismo teórico-experimental*: Fotografía y telegrafía del pensamiento.—El Espíritu golpeador de Bergzabern. III.—Confesiones de Luis XI.—Henri Martin.—*Conversaciones familiares de ultratumba*: Moliemet-Ali, antiguo pachá de Egipto.—El Espíritu y los herederos.—*Disertaciones espirituistas*: Trascurre el tiempo.—*Bibliografía*: Las manifestaciones de los Espíritus.

SECCION DOCTRINAL.

EL ESPIRITISMO Y EL SUICIDIO.

¿Tiene el hombre derecho á disponer de su propia vida? «No, sólo Dios tiene ese derecho. El suicidio voluntario es una trasgresión de esa ley.»

—Libro de los Espíritus, núm. 944.—

No puede darse condenación más clara y terminante del suicidio voluntario que la que acabamos de trascibir, copiándola literalmente de la obra fundamental de la filosofía espiritista.

Cuando, por una parte, se acepta y acata la idea de Dios; cuando se admite á éste como único legislador supremo y originario; cuando de él se tiene una noción tan perfecta como es posible á seres que todavía habitan en un mundo de expiación y de prueba, y cuando, por otra parte, se profesa racional sumisión á todas las leyes que, por no contrariar los destinos providenciales del hombre, son justas y del mismo Eterno emanan; el más robusto apoyo que puede darse á una prohibición, es el declarar que lo prohibido viola la ley

de Dios. Así, respecto del suicidio, lo hace el Espiritismo, de modo, que en breves, pero inequívocas palabras, pronuncia sobre aquél la más enérgica condenación, pues lo declara contrario al principio absoluto, Dios, y á su manifestación externa en el mundo social, LA LEY. ¿Qué más puede exigirse en esta materia?

Los adversarios de la nueva ciencia no quedan empero, satisfechos, y á pesar de aquella declaración terminantemente condenatoria, se empeñan en asegurar que el Espiritismo solicita al hombre al suicidio. ¿A qué se debe esta suposición gratuita de todo punto infundada? Si nuestra moralizadora doctrina no nos hubiese enseñado á ser caritativos *en todo y con todos*, la atribuiríamos inmediatamente á mala fe de los que, por espontáneo movimiento, se han erigido en encarnizados adversarios nuestros. Parece en efecto, que, después de conocer la declaración que más arriba dejamos consignada y las numerosísimas condenaciones, que en las obras de Espiritismo se hacen de todo lo que implique rebelión contra los divinos decretos, y falta de resignación en las tribulaciones de la vida; parece, repétimos, que sólo procediendo de mala fe, puede asegu-

rarse que nuestra doctrina secunda el suicidio.

Mas lo hemos dicho; el Espiritismo que enarbola el estandarte de la caridad, ha de cerrar los ojos á todo lo que resulte en detrimento del hombre, cualesquiera que sean su posicion y creencias, no admitiéndolo mas que cuando el hecho con su irrevocable fallo no deje duda ninguna en el ánimo. Aceptemos, pues, el principio verdaderamente jurídico, porque es caritativo, de que la presuncion de rectitud es legal siempre, mientras no se demuestre lo contrario, y creemos firmemente que los que á sí mismos se llaman nuestros enemigos no proceden de mala fé, al acusarnos de fomentadores del suicidio, que condenamos tan enérgicamente como ellos. Así seremos buenos espiritistas, pues aún suponiendo que nos engañemos en semejante juicio, nada importa, yá que nuestro engaño, en vez de dañar, favorece á nuestros hermanos.

Mas ¿cuál es el origen de la gratuita suposición que nos viene ocupando? No otro que la ignorancia absoluta ó parcial de la doctrina espiritista. Muchos quieren combatirla, y áun fórjanse la ilusion de que ván á anonadirla para siempre, sin tomarse el trabajo de estudiarla, como si no fuese ineludiblemente necesario conocer, y conocer á fondo, lo que se quiere censurar. Para hablar con acierto de Espiritismo, como para hablar de otra ciencia ó arte cualquiera, no basta tener conocimiento de uno ó de algunos de sus principios. Es preciso conocerlos fundamentalmente todos, y cuando así no sucede, se incurre en la lamentable falta de asegurar lo que no es, ni ha sido nunca. Y algo más que el estudio se requiere, pues se ha de estudiar sin prevencion de ninguna clase, y si sólo con la buena voluntad de acatar la verdad, aunque esta nos contrarie en nuestras aspiraciones y nos perjudique en nuestros intereses. Ah! si así lo hiciesen los adversarios del Espiritismo; si leyeren *sin prevencion* sus obras fundamentales, ¡cuán pronto se conven-

cerian de que no exageramos al decir, que el Espiritismo, lejos de fomentar el suicidio, es la doctrina filosófica que más aleja de él. Pero, mientras llega para ellos este instante, que les llegará en una u otra de las indefinidas manifestaciones de la vida infinita de su Espíritu, veamos en qué se apoyan para asegurar que la filosofía espiritista induce al suicidio.

La reencarnacion es su caballo de batalla, como suele decirse, y sus raciocinios los siguientes: Si Dios es tan bondadoso para con nosotros que, despues de terminada una, nos permita otras existencias en las cuales vamos progresivamente realizando todo lo que ha de conducirnos á la mayor perfeccion posible ¿qué importa, para nuestro adelanto, prescindir de una vida, sabiendo que se nos proporcionarán otras, en las cuales practicaremos lo que hayamos dejado de practicar anteriormente? El suicidio viola una de las leyes de Dios—continúan—implica un enorme pecado; pero ¿qué importa nada de esto, si estamos en la persuacion de que, durante otra existencia que nos será concedida, lavaremos la gravísima culpa de habernos arrebatado la vida? Y concluyen diciendo: Nosotros, por lo menos, no tendriamos reparo en poner término á nuestros días, si supiésemos que despues de ésta, se nos proporcionaria otra existencia.

Consignemos ante todo, que nada ni nadie seria parte bastante á detener al hombre que así raciocinase *formalmente*, y que de conformidad con sus raciocinios quisiese obrar. Cuando no se respeta á Dios, porque es Dios y por ninguna otra causa; cuando no se acatan sus leyes, porque son suyas y por ningún otro motivo, fácil es, en un momento de hastio ó de ciego arrebato, prescindir de Dios y de sus leyes para realizar lo que la pasion presenta como placentero y conveniente. En semejantes casos, las personas que se encuentran en la situacion de ánimo que acabamos de indicar, se olvidan lo mismo del diablo y del infierno de los católicos, que de las racionales y consoladores ver-

dades del Espiritismo. Sólo dán oídos á sus desordenadas pasiones, á sus brutales instintos, reminiscencias de vidas anteriores. No se diga, pues, de ellas que ésta ó aquella creencia las refrenaria, y tengamos la humildad de confesar que hoy por hoy ninguna religión ni filosofía basta á contenerlos. *Son á un hombres-fieras*, y no hay mas que añadir.

Pero, así y todo, el Espiritismo es el único sistema filosófico que resuelve satisfactoriamente el problema que implican semejantes hombres. ¿Serán siempre lo que son en la actualidad? La infinita justicia y el amor infinito de Dios nos autorizan para contestar negativamente. El juez que pudiendo sin dificultad reformar al criminal, no lo hace, deja de ser justo; el artífice que pudiendo fácilmente perfeccionar su obra, precinde de hacerlo, demuestra que poco ó ningun aprecio le conserva. Los *hombres-fieras* deben, pues, contar con medios de rehabilitación, desde el momento en que lo deseen sinceramente, sin lo cual quedarian menoscabados la justicia y el amor del celeste Padre. Mas ¿qué hace de ellos la religión después de la muerte? Los envia *eternamente* al infierno, donde continúan siendo lo que eran, á pesar acaso de su arrepentimiento y de sus sinceros deseos de rehabilitarse. El Espiritismo, por el contrario, después de describirnos los horribles tormentos que, durante la erradicidad, sufren en justo castigo de su enorme culpa, nos dice que pueden obtener el permiso de encarnarse tantas veces, cuantas le sean necesarias, para convencerse de que el suicidio produce siempre resultados diametralmente opuestos á los que de él se esperan. *La contrariedad es una de las consecuencias inevitables al suicida* (1).

Casi insensiblemente hemos llegado á los grandes y concluyentes argumentos de que se vale el Espiritismo para conde-

nar el suicidio. No se contenta con declararlo contrario á la moral y á la justicia, con presentarlo como una horrible prueba de ingratitud para con el Padre comun, sino que demuestra *experimentalmente*, con hechos *visibles para muchos*, su completa inutilidad. Ciertos hombres no se contentan con preceptos; quieren ver, quieren tocar, para creer, yá estos tales el Espiritismo ofrece el horrible y triste espectáculo de los Espíritus unidos á la materia, aun despues de la muerte corporal, *sintiendo cómo le roen los gusanos* (1), creyéndose vivos para la tierra, luchando infructuosamente por romper las cadenas que les aprisionan, sumidos en oscuridad y aislamiento, y lo que es peor para ellos, continuando la vida *con los mismos contratiempos* que les indujeron al suicidio. ¿Puede desearse mayor castigo? ¿Puede pedirse nada que aleje más la criminal idea de robar á Dios el justo privilegio de la muerte? Si despues de esto, se insiste en afirmar que el Espiritismo fomenta el suicidio, tendremos de recho á decir que deliberadamente se cierran los ojos á la evidencia, y callamos porque, cuando se niega la evidencia, es imposible toda fructifera discussión.

Y observad, por otra parte, que la reencarnación, la nueva subsiguiente existencia, no depende sólo del Espíritu. En tesis general, puede decirse que éste ha de deseárla y solicitarla siempre, excepcionalmente puede ser impuesta; pero, *en todos los casos irremisiblemente*, ha de ser permitida por Dios. De modo, que el Eterno puede negarnos *indefinidamente* la reencarnación, sometiéndonos por siglos de siglos áduros, purificadores y justos sufrimientos, entre los cuales, se cuenta el de persuadirnos de que viviremos *eternamente* en la misma situación. Así concebida la reencarnación, ¿habrá quien diga: yo, si estuviese seguro de otra existencia corporal, no tendría reparo en qui-

(1) *Libro de los Espíritus*, núm. 957.

(1). Véase la *Revista Espiritista* de este año, páginas 19: *El suicida de la Samaritana*.

tarme la presente? Creemos que no, y en el supuesto de que haya un hombre, á quien no contengan las doctrinas espiritistas, respecto del suicidio, preciso será abandonarles á las muertes y vidas sucesivas, hasta que se persuada prácticamente de que aquél, sobre ser un crimen, es una estúpida inutilidad.

No insistimos más sobre éstas y otras consideraciones: porque todas ellas están expuestas en las obras fundamentales de la doctrina espiritista. Poco amantes de repeticiones, nos limitamos, pues, á rogar á los que se llaman adversarios del Espiritismo, que lo estudien sin prevención y con perseverancia, y de este modo acabarán por persuadirse de que nuestra filosofía demuestra *teórica y prácticamente* que el suicidio voluntario es un crimen, con lo cual dicho se está que lo condena claro y terminantemente. No nos cansaremos de repetirlo: cuando se estudie el Espiritismo con amor sincero de la verdad, no se le rechazará como injustamente se le rechaza, por atribuirle principios que no son suyos y errores que él, mas que nadie, censura y repreuba.

El P. Gratty. (1)

III.

»El *Univers* publica la carta siguiente, que le ha sido dirigida:

«París 13 de junio.

Muy señor mio; reclamo la inmediata inscripción, en su periódico, del siguiente mentis.

Declaro que la carta del Sr. Abate Réaume contiene contra mí, en medio de un tejido de injurias, una grosera mentira que requiere contestación. Nunca, en toda mi vida, he tenido clase alguna de relación con el Espiritismo, nunca relación con ningún espiritista ni *médium* de especie alguna. Ha propalado V. pues, contra mí una mentira y una calumnia.

A. GRATRY, Sacerdote del Oratorio.»

(1) Véase la *Revista Espiritista* de abril y mayo, páginas 76 y 100.

«Lo que nos admira no es que el P. Gratty sea acusado de Espiritismo, y si únicamente que se defienda de la acusación, puesto que la elevación de sus pensamientos acerca de Dios, la inmortalidad del alma, sus relaciones morales y sociales, y todo lo escrito por aquél parece decírnos que, si no es espiritista de nombre, lo es de hecho, cuando menos.

Cualquiera que se aparte de las miras estrechas y mezquinas de las religiones que ven en todas partes un Dios iracundo, que siempre castiga, penetra indudablemente en las ideas del verdadero espiritualismo, que es el Espiritismo.

El P. Gratty no es el primero que nuestros adversarios nos han enviado. ¿No hemos tenido también al P. Jacinto? Esto es sencillamente una prueba de que esos señores conocen con perfección el Espiritismo, que han sabido apreciar, puesto que envian á nuestro campo á todos los hombres cuyo corazón abriga pensamientos elevados y liberales; y, en verdad, si de esto se duele el P. Gratty, no seremos nosotros quienes estallaremos. Nosotros de muy buen grado los aceptamos en nuestras filas. Poco nos importa el nombre, si admitis lo santo y sagrado, que es la moral, el progreso y la verdad iluminada por las divinas luces. Sabed que el Espiritismo no se conoce por la creencia, sino por las acciones, y bien lo saben estos nuestros adversarios. Por semejante razón os envian á vuestro verdadero terreno. Con toda el alma les damos las gracias.

Estudiad, pues, la filosofía espiritista, si es que ya no lo habéis hecho, y os sorprenderéis de ver que obráis, pensáis y habláis como ella misma. Entonces no os admirareis de oíros llamar espiritista.»

Hasta aquí nuestro muy querido colega *Le Spiritisme à Lyon*, del que traducimos los anteriores párrafos. Tócanos ahora hablar á nosotros; y loando sea Dios que, en su bondad infinita, permite que veamos confirmados nuestros asertos, respecto del P. Gratty; y que se haga al Espiritismo la justicia á que es acreedor, considerando dignos de él una inteligencia tan superior, y sobre todo, un corazón tan noble y generoso como el corazón y la inteligencia del eminente sacerdote del Oratorio! Sí, ¡loando sea el PADRE que estos consuelos nos proporciona, en medio de las amarguras que nos ocasionan el error y

la injusticia de algunos hombres, cegados por la ignorancia ó por el interés!...

Gran consuelo es para el oscuro escritor, pobre de dotes intelectuales y de conocimientos científicos, ver cómo otros, que en más amplia y luminosa esfera se agitan, han visto lo mismo que él y lo mismo que él han juzgado. Y este consuelo nos lo ha ofrecido Dios, valiéndose del abate Réaume.

El P. Gratry es espiritista, espiritista tan cabal y elevado, que pocos como él conocemos. Y esto creemos haberlo demostrado ya con textuales citas no de una, sino de casi todas sus profundas y admirables obras; y si quisiésemos continuar aquella tarea, fácil nos sería llenar páginas enteras de pensamientos radicalmente espiritistas, por su fondo y aún por su forma, extraídos de los escritos de Gratry. Pero, ¿qué hacerlo? ¿Acaso no tenemos lo único que nos faltaba, esto es, que otros más aptos que nosotros afirmasen lo que habfamos dicho? Porque estamos en la persuasión de que el abate Réaume, por compatriotismo, ya que por otro motivo no lo haya hecho, habrá estudiado concienzudamente la filosofía espiritista y las obras de Gratry, comparando cuidadosamente la doctrina que de las unas y de la otra resulta, antes de lanzar contra su compañero de ministerio *la acusación de espiritista*? Si, procediendo lealmente y de buena fe, así lo ha hecho, há encontrado lo que no podía menos de encontrar; ha encontrado que el Catolicismo de Gratry, el cristianismo católico, tal como en su mente lo acariciaba y hoy lo acaricia el divino Maestro, es el Espiritismo cristiano, tal como lo expuso en sus obras el inspirado apóstol Allan Kardee. El nombre es diferente, una misma la esencia; pero harto saben nuestros vecinos traspirenaicos que *nada hace el nombre a la cosa*.

Mas acaso—y esta es una mera hipótesis—acaso el abate Réaume, sin estudiar concienzudamente el Espiritismo, y sólo creyendo perjudicar á su hermano de ministerio, halle *acusado de espiritista*. A pesar de que nos resistimos á admitir esta suposición, afirmamos que, aún siendo así, el abate Réaume ha dicho la verdad, toda la verdad, sobre el particular. ¿Qué hay de extraño en todo esto? ¿Acaso el pontífice Caifás, creyendo servir sus intereses, no dijo *inconscientemente* toda la verdad, cuando aseguró que era necesario que un hombre—Cristo—muriese

por el pueblo? (1) ¡Oh! de estas cosas admirables, que narran la sabiduría de Dios, está llena la historia de los pueblos. Nuestro error consiste en no meditarlas. Día vendrá sin embargo, en que lo haremos, y entonces veremos todo lo acertadísimo que está Gratry, al afirmar que el PADRE opera incessantemente en el centro de cada alma, en el corazón de los pueblos y en el fondo de todas las cosas. Si, venerable sacerdote, Dios está operando actualmente en el fondo de lo que os está sucediendo. ¡Animo, pues, levantad vuestro Espíritu; perseverad en la obra de verdad y justicia que os ha sido encomendada, y no temáis á los hombres! El PADRE que ve en lo secreto, lee en vuestro corazón y en el corazón de los que figuran en la escuela de error y de mentira, como eloquientemente la llamais.

Pero, no lo dudeis, el abate Réaume ha dicho la verdad; sois espiritista. Estudiad el Espiritismo, y veréis que las obras de éste dicen lo mismo, exactamente lo mismo, que vuestras inspiradas obras. Y si después de haberlo hecho, perseveráis en no querer serlo, á pesar de que lo sois, recordad que Pedro, el hombre de la fe inmensa, negó por tres veces consecutivas al MAESTRO.

Mas vos no negais que seais espiritista; decís únicamente que nunca habeis tenido clase alguna de relación con el Espiritismo, ni con ningún espiritista, ni *médium*, y en cierto modo, decís la verdad. Relacion *personal* con el Espiritismo, ninguna quizás habeis tenido, á pesar de que á él perteneceis. ¿Cómo ha sucedido esto? Muy fácilmente, vos no habeis mutilado ni el Evangelio, ni vuestra fe, ni vuestra razon; habeis interpretado en *espíritu y en verdad* las divinas palabras de Cristo, y sin saberlo, habeis llegado al Espiritismo. ¡Y por esto os acusant!. También el espíritu farisáico y sofístico del mundo antiguo acusó á Jesús; porque, llevando la Ley á sus últimas racionales consecuencias, fundó el Cristianismo eterno y universal; también á él le acusaron de que quería abolir la Ley! ¿De qué, pues, os admirais? ¿Acaso el discípulo ha de ser mas que el MAESTRO?

Como quiera que suceda, y resulte lo que Dios disponga, nosotros abrimos nuestros

(1) S. Juan, XVIII, v. 14.

fraternales brazos al P. Gratry, y lejos de resentirnos por su carta al *Univers*, recomendamos muy eficazmente á nuestros hermanos la lectura de sus *Cartas sobre la Religion* (1), que acaba de traducir al castellano el jóven sacerdote Sr. Panadés. En ellas encontrarán nuestros lectores muchos ponsamientos como los siguientes:

«Pero yo no puedo pensar en los habitantes de los otros mundos sin que al punto se reanimen mi fe y mi razon, tomando todo su vigor y vuelo. Veo á esos maravillosos hermanos, y en esa multitud, los hay probablemente mas elevados, mas bellos, mas nobles y mas adelantados que nosotros, más capaces de amor indomable y de fe creadora. Y en nuestra tierra, á Dios gracias; ¡qué nobles y espléndidas bellezas, que ángeles visibles han sido enviados yá por Dios, para que hablen á nuestras almas y abran nuestros corazones! ¿Cuáles no serán, pues, las bellezas más elevadas y más nobles?..... Y á veces me he preguntado si la indomable fe que de vez en cuando se apodera de nuestros corazones con una fuerza capaz de levantar el mundo, con una fuerza que nos hace creer en el triunfo absoluto del amor, de la justicia, de la belleza, de la luz y de la felicidad, no será la inspiracion procedente de los seres y de los mundos dónde ha empezado yá el triunfo. Si creo posibles estas grandes cosas, es porque son yá, porque las siento.»

Y despues de esta magnifica exposicion de las leyes fundamentales del Espiritismo, que habeis encontrado en el Evangelio y en la ciencia iluminada por la té, ¿quereis que no os llamen espiritista?

M. CRUZ.

CARTAS SOBRE EL ESPIRITISMO,

POR UN CRISTIANO.

XIV.

Querida prima:

Segun le prometí á V. tomo del *Libro de Erasto* los párrafos siguientes que son demasiado caracteristicos para que V. y el excelente abate Pastoret no comprendan su grande alcance filosófico.

(1) Véndese en Barcelona, librería de Eudaldo Puig, plaza Nueva, á 8 rs. el ejemplar.

«... El paganismo, jaspeado con mil visos, proclama casi tantos dogmas distintos como hay templos en donde se practica: lo que prescribe el Júpiter griego lo rechaza el Júpiter latino, y *vice versa*. Sin embargo, esa religion multiforme, sin principios, absoluta, inmoral, por la misma razon de esa inmoralidad, invadió al globo entero, menos aquel rinconcito olvidado en el Asia, en donde el Judaísmo se perpetuó de generacion en generacion, proclamando el dogma sagrado del Dios único, increado, inmaterial, todopoderoso. ¡Pero qué enseñanza nos dá la historia de aquel pequeño grupo privilegiado al cual Dios prodiga sus profetas, que sucesivamente van allí á sembrar la buena palabra! Escuchad á esos profetas: todos, desde Abraham hasta los Macabeos, predicen la venida de aquel que debe sellar con su sangre la alianza entre Dios y los hombres; todos preparan las vias al hijo de David y todos confiesan yá la inmutable verdad que Cristo, el más puro de los enviados por Dios sobre la tierra, proclamará desde lo alto del Calvario, ante la multitud asombrada. Admirad cómo resplandece ese poder del único que es todopoderoso, cuando, adorado solamente por ese pueblo imperceptible de Israel, EL DIOS DESCONOCIDO, segun le llaman los filósofos del paganismo, extiende desde allí su anchuriosa mano sobre todas las naciones de la tierra. Pero con qué rapidez cae y se desmorona aquel mundo pagano ante el radiante fulgor del Gólgota! Por otro lado, qué sublime lección que el orgullo de las razas humanas comprendió tan poco, en el hecho de que una cruz, una potencia, un instrumento de ignominia, haya venido á ser para las naciones, cristianas ó no, el simbolo consagrado del mérito y del honor.

«Ah! hijo mio, bien hecho está lo que Dios hace...

«Cristo fué más que profeta, más que libertador, fué el más energico instrumento de emancipacion que la raza humana haya recibido jamás hasta hoy; y, si se examina encrupulosamente la época en que Dios le envió, se reconoce cuan necesaria era su venida y cuan favorable fué la hora escogida para su mision. Ciertamente, nadie puede probar que en aquel tiempo las creencias religiosas no estaban en completa disolucion: el paganismo, zapado por las diferentes escuelas filosóficas, se desmoronaba como un edificio carcomido; el judaísmo, herido en su unidad

por la separacion entre Israel y Judá, ahogado por la presion pagana, absorvido y dominado por el elemento romano, estaba, además, violentamente conmovido por la escision, cada dia más inminente, entre los Fariseos y los Saduceos, y sordamente minado por la accion oculta, pero enérgica de los Esenios. Todo se venia abajo por todas partes, cuando Cristo vino á plantar su cruz como un faro luminoso para salvar al mundo que corría al abismo, y el mundo se salvó!!!

«Arrodillaos, cristianos, ante el hijo muy amado del todopoderoso; arrodillaos, espirituistas, dando gracias á Dios, ante la inmensa obra cumplida y ante el artifice de esa obra.»

«Llego á la inmensa cuestión de la necesidad y de la oportunidad de una nueva revelacion. He procurado demostraros, por la historia de la fase cristiana, cuan admirablemente escogida fué la hora determinada por Dios para la primera encarnacion de Cristo, como Mesías; y habeis comprendido cuan propicia fué esa hora para el cumplimiento de la obra á la cual ese grande espíritu habia sido llamado. Hoy, no ero aventurarme demasiado en asegurar que la época en que vivis no es más favorable á la segunda venida de un redentor.

«Hagamos, si gustais el balance de la situación filosófica y religiosa actual. Sin embargo, no pondré en relieve la inminencia de un cataclismo que amenace concluir con el papado romano; no llamaré vuestra atención sobre ese absolutismo feroz, envarándose fatalmente en un *Estatu quo* funesto; no señalaré ese próximo cisma, suspendido sobre el catolicismo, en el centro de este culto que llenó al mundo con su nombre y su gloria; ni esa gran parte del clero italiano que no quiere abdicar, por ningún motivo, su patriotismo y su nacionalidad. Apartaremos así mismo nuestra vista de esas cruzadas legas y clericales suscitadas por intereses mundanos, venidas de tan distintos países, bajo la presión de los hijos de Loyola, y que se ensañan de un modo insensato, contra la sola mano generosa que todavía sostiene el papado en Roma. No! esas cosas son demasiado evidentes, á los ojos de todos aquellos que reflexionan, para que sea necesario hablaros de ellas. Pero si después de haber hecho constar esa escisión prevista y próxima que reproduce al parecer, exactamente, los distur-

bios violentos que estallaron antigualemente entre los Fariseos y los Saduceos, observareis con ojo investigador ese materialismo frenético bajo el cual sucumben tan vastas inteligencias, y ese anhelo por el becerro de oro que amenga el sentido moral de aquellos que se entregan á él, os convencereis conmigo y con vuestros guías de que está el peligro en casa, y que es tiempo de prevenirlo y de remediarlo.»

«Sin embargo, conste, que los caminos de hierro, esas arterias de las naciones modernas, cubren con sus venas férreas todas las comarcas del globo; los buques de vapor surcan los mares contra vientos y mareas; el hilo eléctrico abarcando al globo todo, hace viajar al pensamiento más rápidamente que la palabra; por él se puede circular instantáneamente el estado general del globo, y puedo anunciar con certeza que una era esencialmente pacífica sucederá muy luego á la era de las batallas sangrientas. El fin de este siglo verá las últimas convulsiones de las guerras. La vida, hoy, no puede ya estar concentrada en un círculo estrecho, y por esto egoista. Esa solidaridad que constituyó antigualemente á la familia y á la tribu, después más tarde, al concejo, á la provincia, á la nación, debe alcanzar de hoy en más proporciones más extensas, más generales, y por lo tanto más generosas; concretada en los tiempos modernos á los regnículos de cada estado, aspira en este siglo á ser realmente humanitaria. Por esto, las naciones verdaderamente civilizadas tienden á aproximarse y á unirse por tratados de comercio que armonizan los intereses de todas, y dándolas la fuerza, el poder y la riqueza, hacen que su voluntad general sea preponderante legítimamente en los pueblos atrasados de vuestro globo.

«Además, esto viene á ser de absoluta necesidad, porque la menor pulsación irregular de una nación alcanza á todas las otras. Por estas razones un momento vendrá en que se establecerá un código internacional entre todos los pueblos, consignando en él, que aquél que perturbe la tranquilidad pública, está obligado por todas las vías de derecho, bajo pena de embargo é interdiccion, á conformarse con el común deber. Esto no será, en definitiva, más que la aplicación al mundo entero de aquella ley de derecho común, que todo gobierno bien administrado aplica á todo per-

turbador del sosiego pú ico. Es fácil ver en esto la obra del progreso eterno: estudiando el desarrollo gradual de esa ley, se vé su presencia en la dirección de la familia; de ahí pasa á la administración de la tribu y después á la de la provincia para elevarse finalmente al gobierno de un estado. Este es el punto en que estais actualmente; pero aspirais ya á someter al mismo régimen legislativo las naciones oriundas de un mismo origen y, así como los derechos y costumbres de la Francia se han refundido en un código para toda la nación, así mismo los varios derechos de los pueblos se unificarán en un código general. Ah! hijo mio, el dia en que la humanidad no será mas que una sola familia ante la ley y la moral, aquel dia será grande ante Dios, y la humanidad habrá adelantado un grado en la gerarquia celeste.

«Sea lo qué fuere, esas consideraciones preliminares no son inútiles para el gran asunto que trato aquí, porque aparece de la situación precitada, que la actualidad es esencialmente favorable á la venida de un nuevo Mesías...»

Además se vé que la opinión de Erasto es admitida, como V. habrá visto, estimada Clotilde, en mis precedentes cartas, por muchísimos escritores modernos. Hé aquí todavía algunas citas en apoyo del tema que sostiene el Espiritismo respecto á la próxima venida de un grande y poderoso reformador.

«La historia sagrada nos enseña el extraño movimiento espiritista que agitó al mundo en la época de la redención, decía hace pocos meses nuestro querido y malogrado Jobard, pues no se veían mas que profetas inspirados, obsesados ó poseídos, anunciando las cosas extraordinarias que iban á suceder.

«En aquel tiempo, los buenos profetas no cesaban de anunciar al pueblo la próxima venida del Mesías redentor; pero los principes de los sacerdotes, los escribas y los fariseos, no queriendo creerlo, anatematizaban á Juan Bautista y á los precursores.

«¿No es esto la historia de lo que hoy está sucediendo?»

«Pero efectivamente, se lee en la *Revista independiente*, el cristianismo está en la expectativa de un restablecimiento universal. La resurrección en el sentido espiritual, no es más que el espíritu en la fase del progreso que sigue, y en lo físico no es más que la toma

de posesión del organismo nuevo, cuya fase le es necesaria.

«La humanidad resucitará sin morir.

«El presente entraña el porvenir, según Leibnitz, lo futuro podría leerse en lo pasado, lo lejano está retratado en lo próximo.

«Se podría conocer la hermosura del universo en cada alma, si se pudieran desplegar sus pliegues.»

«Yo no creía, dice por fin otro autor, que los tiempos estuvieran tan próximos. La humanidad que hasta ahora ha permanecido en la infancia, va á llegar á la pubertad. Se ven en todas partes síntomas imponentes; sonó la hora señalada en la esfera celeste; la tierra, nuestra nodriza, se extremece como en la época del Cristo y podemos repetir hoy estas palabras del texto sagrado: *Rorate celi de super, et nubes pluant justum*: cielos derramad el rocío desde las alturas y que las nubes nos traigan lo justo!»

Está pues demostrado, prima mia, que existe entre la época actual y la de la venida de nuestro señor Jesucristo una similitudanalogía; basta reflexionar y comparar para comprender esa identidad de situación. Si el cristianismo y su bella é igualatoria moral, fueron presentadas por los filósofos paganos, desde Sócrates y Platón; si la venida del Mesías fué anunciada sucesivamente por Isaías, Jeremías, Daniel, Joel, Abacuc, Zaccaria y los demás profetas; es imposible no convencerse de que el Espiritismo ha tenido igualmente numerosos precursores. Las aspiraciones de los pueblos no están mejor satisfechas actualmente que lo estuvieron en el momento de la venida del Redentor. Como entonces, ahora las religiones son impotentes, pues que la ley se apagó en el materialismo, en la indiferencia y en el culto de los intereses materiales. Pero los pueblos necesitan una creencia; así es que ante la insuficiencia de los cultos oficiales, han buscado fuera de ellos un remedio á sus miserias y dolores. De ahí esa multitud de sistemas nacidos hace un siglo poco más ó menos. Filósofos, soñadores, utopistas, todos han ofrecido su curativo universal. Hagamos á todos estos innovadores la justicia que se merecen; porque al fin nos han preparado el camino. Todo ciudadano que se aplicó á buscar el mejoramiento relativo de los pueblos, tiene derecho á la gratitud de la humanidad. No toda exploración nos hace descubrir la ver-

dad, pero toda pesquisa es el cumplimiento de un deber. El vicio radical de todos los sistemas socialistas que han fracasado, procede de la carencia del elemento divino. La fuerza de Cristo, de Lutero y de Mahoma, es obra evidente de la celestial intervención. La acción divina en sus varias manifestaciones religiosas y políticas produce la efusión del bien; el mal que se infiltra, proviene de la intervención de individualidades puramente humanas. Los diferentes sistemas modernos casi todos han fracasado por la indiferencia de los pueblos; pero han probado irrevocablemente la insuficiencia de los vestidos regímenes religiosos. El mundo desea algo mejor; los pueblos están en la expectativa.

A pesar de los mofadores y los espíritus fuertes, de los sábios y los incrédulos, constan en todas partes fenómenos anormales y digan cuanto quieran los cabildos ortodoxos y eterodoxos, los prodigios de Judea se renuevan en grande escala, no circunscritos á tal ó cual comarca, y si esparcidos en todo el universo. El Espiritismo, pues, á pesar de todos los clamores egoistas ó interesados que ha provocado, tiene su legítima razón de ser. No insisto mas sobre este punto, confiando en la sagacidad de V. y en las luces de nuestro estimado abate Pastoret, para que sean juzgadas todas las torpezas que se nos atribuyen.

Su afectísimo,

N. N.

ESPIRITISMO TEÓRICO-EXPERIMENTAL.

Fotografía y telegrafía del pensamiento (1).

(OBRAS PÓSTUMAS.)

La fotografía y la telegrafía del pensamiento son cuestiones que hasta el presente, apenes se han tratado. Como todas las que no tienen relación á las leyes, que, por esencia, deben ser universalmente divulgadas, han sido relegadas á la segunda fila, aunque su importancia sea capital y los elementos de

estudio que entrañan estén llamados á aclarar muchos problemas que, hasta hoy, carecen de solución.

Cuando un artista de talento pinta un cuadro, obra magistral á la que consagra todo el génio que progresivamente ha ido adquiriendo, traza ante todo las grandes masas, de modo, que se comprenda por el bosquejo todo el partido que espera sacar. Sólo despues de haber elaborado minuciosamente su plan general, procede á la ejecución de los detalles; y aunque este último trabajo exija ser tratado con mas esmero quizá que el bosquejo, sin haberle precedido éste, sería empero, imposible. Lo mismo sucede en Espiritismo. Las leyes fundamentales, los principios generales cuyas raíces existen en el Espíritu de todo ser creado, debieron ser elaborados desde el comienzo. Todas las otras cuestiones, cualesquiera que ellas sean, dependen de las primeras, y esta es la razón porque, durante cierto tiempo, se descuida su estudio directo.

En efecto, no puede lógicamente hablarse de fotografía y telegrafía del pensamiento ántes de haber demostrado la existencia del alma, que maneja los elementos fluidicos, y la de los fluidos que permiten que se establezcan relaciones entre dos almas distintas. Y aun hoy, apenes estamos suficientemente ilustrados para la definitiva elaboración de estos inmensos problemas. Sin embargo, algunas consideraciones capaces de preparar un estudio más completo, no estarán por cierto fuera de lugar en estas páginas.

Siendo el hombre limitado en sus pensamientos y aspiraciones, y circunscritos sus horizontes, le es forzosamente necesario concretar y designar todas las cosas, para conservar de ellas un recuerdo apreciable, y basar en datos ya adquiridos sus futuros estudios. Las primeras nociones del conocimiento las recibe por el sentido de la vista; la imagen del objeto es la que le hace saber que el objeto existe. Conociendo muchos, haciendo inducciones de las diferentes impresiones que producen en su ser íntimo, ha fijado la quinta esencia de ellos en su inteligencia por medio del fenómeno de la memoria. ¿Y qué es la memoria sino una especie de álbum, más ó menos voluminoso, que hojeamos para volver á encontrar las ideas borradas y constituir de nuevo los acontecimientos trascurridos? Este álbum tiene señales en los lugares notables; inmediatamente recordamos ciertos

(1) *Revue spirito.*

hechos, mientras que para otros nos es preciso hojear mucho.

La memoria es como un libro! Aquellos de los que leemos con placer ciertos pasajes, ofrecen fácilmente á nuestros ojos semejantes pasajes; las hojas vírgenes ó pocas veces leidas, han de ser pasadas una tras otra para que ofrezcan el hecho en que nos hemos fijado poco.

Cuando el Espíritu encarnado recuerda, su memoria le presenta la fotografía en cierto modo del hecho que busca. En general los encarnados que le rodean nada distinguen; el álbum está en un lugar inaccesible á su vista. Pero los Espíritus lo ven y lo hojean con nosotros, y en ciertas circunstancias, hasta pueden intencionadamente favorecer nuestra investigación ó perturbarla.

Lo que acontece de encarnado á Espíritu tiene igualmente lugar de Espíritu á vidente. Cuando se evoca el recuerdo de ciertos hechos en la existencia de un Espíritu, la fotografía de tales hechos se presenta á él, y el vidente, cuya situación espiritual es análoga á la del Espíritu libre, vé como él; y aún ven en ciertas circunstancias lo que el Espíritu no vé por sí mismo, exactamente como un desencarnado puede hojear en la memoria de un encarnado sin que éste tenga conciencia de ello, y recordarle hechos olvidados hace mucho tiempo. En cuanto á los pensamientos abstractos, por lo mismo que existen, toman un cuerpo para impresionar el cerebro; deben obrar naturalmente en él y esculpirse hasta cierto punto. También en éste, como en el primer caso, la semejanza entre los hechos que existen en la tierra y en el espacio, parece perfecta.

Habiendo sido objeto de algunas reflexiones en la *Revista* anterior el fenómeno de la fotografía del pensamiento, para mayor claridad, reproducimos algunos párrafos del artículo en que fué tratado este asunto, y que completamos con nuevas observaciones.

Siendo el fluido el vehículo del pensamiento, éste obra en los fluidos como el sonido en el aire; nos traen el pensamiento como el aire el sonido. Puede, pues, decirse con toda verdad, que hay en los fluidos ondas y rayos sonoros.

Hay más aún: creando el pensamiento *imágenes fluidicas*, se refleja en la envoltura perispiritual como en un espejo, ó como esas imágenes de objetos terrestres que se reflejan en los vapores del aire; toma en di-

cha envoltura un cuerpo y se *fotografiá* en ella hasta cierto punto. Si un hombre, por ejemplo, concibe la idea de matar a otro, por imposible que esté su cuerpo material, el fluido es puesto en acción por el pensamiento del que reproduce todos los matices; ejecuta fluidicamente el gesto, el acto que tiene intención de realizar; su pensamiento crea la imagen de la víctima, y toda la escena se pinta, como en un cuadro, del mismo modo que están en su Espíritu.

Así es cómo los más secretos movimientos del alma se repercuten en la envoltura fluidica; cómo un alma puede leer en otra alma como en un libro, y ver lo que no es perceptible por los ojos del cuerpo. Estos ven las impresiones interiores que se reflejan en la fisonomía; pero el alma vé en el alma los pensamientos que no se traducen al exterior.

Sin embargo, si viendo la intención, el alma puede presentir el cumplimiento del acto que le seguirá, no puede empero, determinar el momento en que se realizará, ni precisar los pormenores, ni siquiera afirmar que tendrá lugar; porque circunstancias ulteriores pueden modificar los planes concebidos y cambiar las disposiciones. No puede ver lo que aún no está en el pensamiento; lo que vé es la preocupación del momento ó habitual del individuo, sus deseos, sus proyectos, sus intenciones buenas ó malas; y de aquí los errores en las previsiones de ciertos videntes. Cuando un acontecimiento está subordinado al libre albedrío de un hombre, aquéllos no pueden más que presentir la probabilidad, á partir del pensamiento que ven; pero no afirmar que tendrá lugar de tal manera y en tal momento. La mayor ó menor exactitud en las previsiones depende, por otra parte, de la extensión ó de la claridad de la vista psíquica. En ciertos individuos, Espíritus ó encarnados, está limitada á un punto, ó es difusa, al punto que en otros es clara y abarca el conjunto de pensamientos y voluntades que han de concurrir á la realización de un hecho. Pero, por encima de todo, está siempre la voluntad superior que puede, en su sabiduría, permitir una revelación ó impedirla. En este último caso, es corrido un velo impenetrable ante la vista psíquica más perspicaz.

La teoría de las creaciones fluidicas y, por consiguiente, de la fotografía del pensamiento, es una conquista del Espiritismo moderno, y puede en adelante considerarse como adquirida en principio, salvas las aplicaciones

de detalle que serán resultado de la observación. Este fenómeno es incontestablemente origen de las visiones fantásticas y debe desempeñar un importante papel en los sueños.

¿Quién es el que sabe en la tierra la manera cómo se produjeron los primeros medios de comunicación del pensamiento? ¿Cómo fueron inventados, ó mejor encontrados? Porque nada se inventa, todo existe en estado latente. A los hombres toca buscar los medios de poner en acción las fuerzas que les ofrece la naturaleza. ¿Quién sabe el tiempo que fué menester para emplear la palabra de un modo completamente inteligible?

El primero que dió un grito inarticulado tenía indudablemente cierta conciencia de lo que quería expresar; pero aquellos á quienes se dirigía, nada comprendieron en el primer momento, y sólo al cabo de una larga serie de tiempo, existieron palabras convenientes, luego frases á las que se prestó atención, y finalmente discursos enteros. ¡Cuántos miles de años no se han necesitado para llegar al punto en que se encuentra hoy la humanidad! Cada progreso en el modo de comunicación, de relación entre los hombres, ha sido constantemente señalado por un mejoramiento en el estado social de los seres. A medida que las relaciones de individuo á individuo se estrechan, se regularizan, siéntese la necesidad de un nuevo modo de lenguaje más rápido, más capaz de poner á los hombres en relación instantáneamente y de una manera universal. ¿Por qué lo que tiene lugar en el mundo físico por medio de la telegrafía eléctrica, no ha de tener lugar en el mundo moral, de encarnado á encarnado, por medio de la telegrafía humana? ¿Por qué las relaciones ocultas que unen más ó menos conscientemente los pensamientos de los hombres y de los Espíritus, por medio de la telegrafía espiritual, no han de generalizarse de un modo consciente entre los hombres?

La telegrafía humana! Hé aquí lo que provocará la risa de los que se niegan á admitir todo lo que no impresiona los sentidos materiales. Pero ¿qué importan las burlas de los presuntuosos? Todas sus negaciones no impedirán que las leyes naturales sigan su curso y encuentren nuevas aplicaciones, á medida que la inteligencia humana esté en disposición de percibir sus efectos.

El hombre tiene una acción directa, así sobre las cosas, como sobre las personas que le

rodean. A menudo una persona de la que poco caso se hace, ejerce una influencia decisiva sobre otras que tienen una reputación muy superior. Depende esto de que, en la tierra, se ven mas caretas que caras y de que los ojos están deslumbrados por la vanidad, el interés personal y todas las malas pasiones. La experiencia demuestra que puede obrarse en el Espíritu de los hombres, á pesar suyo. Un pensamiento superior, *fuertemente pensado*, permítaseme la expresión, puede, pues, según su fuerza y elevación, impresionar más ó menos lejos á hombres que ninguna conciencia tienen del modo como á ellos ha llegado, de la misma manera que el que lo emite no tiene conciencia del efecto producido por su emisión. Este es un funcionamiento constante de las inteligencias humanas y de su acción recíproca.

Unid á esto la acción de los desencarnados y calculad, si podeis, la potencia incalculable de esa fuerza compuesta de tantas otras reunidas.

Si se pudiese sospechar el mecanismo immense que el pensamiento pone en juego, y los efectos que produce de individuo á individuo, de grupo á grupo, y la acción universal de los pensamientos de unos hombres sobre otros, quedaríamos deslumbrados! Nos sentiríamos anonadados ante esa infinidad de detalles, ante esas innumerables redes enlazadas entre sí por una poderosa voluntad, y obrando armónicamente para alcanzar un objeto único: el progreso universal.

Por medio de la telegrafía del pensamiento el hombre apreciará en todo su valor, la ley de la solidaridad, reflexionando que no hay un pensamiento, sea criminal, sea virtuoso, que no tenga una acción real sobre el conjunto de los pensamientos humanos y sobre cada uno de ellos. Y si el egoísmo le hiciera desconocer las consecuencias para otro de un pensamiento perverso que le sea personal, será inducido por ese mismo egoísmo á pensar bien, para aumentar el nivel moral general, pensando en las consecuencias que á él le resultarían del pensamiento malo de otro.

¿No son consecuencia de la telegrafía del pensamiento esos choques misteriosos que proceden de la alegría ó sufrimiento de una persona querida, alejada de nosotros? ¿No es á un fenómeno del mismo género que debemos los sentimientos de simpatía ó repulsión, que

nos arrastran hacia ciertos espíritus y nos alejan de otros?

Ciertamente es éste un campo immense para el estudio y la observación; pero del que sólo los contornos podemos descubrir. El estudio de los detalles será consecuencia de un conocimiento más completo de las leyes que rigen la acción de unos fluidos sobre otros.

ALLAN KARDEC.

El Espíritu golpeador de Bergzabern.

III.

Con este artículo concluimos el folleto de M. Blank, redactor del *Diario de Bergzabern*.

«Los hechos que vamos a referir acaecieron del viernes 4 al miércoles 9 de marzo de 1853, no produciéndose después nada semejante. En esta época Felipe no dormía ya en la cama que se conoce; había sido trasladado al cuarto inmediato donde todavía se encuentra. Las manifestaciones han tomado un carácter tan extraño, que es imposible admitir la explicación de estos fenómenos por la intervención de los hombres. Por otra parte, son tan diferentes de los que fueron observados anteriormente, que las primeras suposiciones todas han sido destruidas.

«Se sabe que en el dormitorio del niño, a menudo fueron derribadas las sillas y otros muebles, y que las ventanas fueron abiertas con estruendo y con repetidos golpes. Hace cinco semanas consecutivas que está en la sala, donde, desde el anochecer hasta el día siguiente hay luz, por lo que puede verse perfectamente todo lo que pasa.

«Aun no se había acostado Felipe; rodeado de cierto número de personas que conversaban sobre el Espíritu golpeador, de repente el cajón de una mesa muy grande y pesada, colocada en el aposento, fué abierto y cerrado con gran ruido y extraordinaria prontitud, quedando todos sorprendidos de esta nueva manifestación. En el mismo instante la mesa se puso en movimiento hacia todos lados, dirigiéndose a la chimenea junto a la que estaba sentado Felipe. Perseguido por decirlo así por esta mueble, tuvo que dejar su sitio y trasladarse al medio de la sala; pero volvió la mesa en esta dirección y se paró a medio

pié de la pared. Se la colocó en su sitio ordinario sin moverse más; pero unas botas que había debajo, y que todo el mundo pudo ver, fueron arrojadas en medio de la sala, con gran susto de las personas presentes. Uno de los cajones de la mesa empezó a resbalar por su encage, abriéndose y cerrándose por dos veces, primero con mucha prontitud y luego de más en más lentamente; cuando estaba del todo abierto, sucedía a veces que era sacudido con extrépito. Un paquete de tabaco que estaba encima de la mesa, cambiaba de lugar a cada instante. Los golpes y los arañazos se hicieron oír también en dicho mueble. Felipe, que gozaba entonces de perfecta salud, se colocaba en medio de la reunión, sin que se manifestara de ningún modo inquieto por tales extrañas, que todas las noches se renovaban desde el viernes, pero que el domingo próximo fueron más notables.

«El cajón de la mesa fué varias veces abierto y cerrado con violencia. Habiendo permanecido Felipe un momento en su antiguo cuarto de dormir, salió de repente presa del sueño magnético, dejándose caer sobre una silla, donde se hicieron oír los arañazos varias veces. Sus manos descansaban sobre sus rodillas, y la silla tan pronto se movía hacia la derecha como a la izquierda, hacia adelante como hacia atrás. Se veían levantar las patas delanteras de la silla, mientras que ésta se balanceaba en perfecto equilibrio sobre las de detrás. Trasportado Felipe en medio de la sala, fué más fácil observar ese nuevo fenómeno. Entonces, según se ordenaba, se volvía la silla, adelantaba o retrocedía más o menos pronto, ya de un lado, ya de otro. Durante este extraño baile, los pies del niño eran arrastrados por el suelo, como paralizados; éste se quejaba de dolores de cabeza gemiendo y llevando repetidas veces su mano a la frente; despertando después de improvviso, se puso a mirar por todos lados, no pudiendo comprender su situación: su malestar había cesado. Habiéndose entonces acostado, los golpes y arañazos que antes se produjeron en la mesa, se hicieron oír en la cama con fuerza y de un modo alegre.

«Poco antes se había oido que una campanilla de la habitación tocaba por sí sola; se tuvo la idea de atar una a la cama y enseñada empezó a traer y agitarse. Lo que hay de más curioso en esta circunstancia es que, habiendo sido levantada y trasladada la cama,

quedó muda é inmóvil la campanilla. A media noche cesó todo ruido, y se disolvió la reunión.

«La noche del lunes 15 de mayo, se fijó en la cama una gruesa campanilla, haciéndose oír enseguida un ruido asordador y desagradable. El mismo día después de comer, se abrieron silenciosamente las ventanas y las puertas del cuarto de dormir.

«También debemos referir que la silla en que estaba sentado Felipe el viernes y el sábado anterior, al ser trasladada al medio de la sala por su padre, parecía mucho más ligera que de costumbre: se hubiera dicho que la sostenía una fuerza invisible. Queriendo empujarla uno de los asistentes, no encontró resistencia alguna; parecía que por sí misma resbalaba por el suelo.

«El Espíritu golpeador permaneció en silencio durante los tres días de jueves, viernes y sábado santos. Sólo el día de Pasen volvieron a empezar los golpes, con el sonido de las campanas y golpes rítmicos que componían un canto. El 1.^o de abril, al cambiar las tropas de guarnición, salieron de la ciudad con la música al frente. Cuando pasaron por delante de la casa de Sanger, el Espíritu golpeador ejecutó a su modo, golpeando contra la cama, la misma pieza que se tocaba en la calle. Algun tiempo antes se habían oido en el cuarto, como pasos de una persona, y como si se hubiese echado arena sobre el piso.

«El gobierno del Palatinado se preocupó de los hechos que acabamos de relatar, y propuso a Sanger que colocara a su hijo en una casa de curación en Frankenthal, proposición que fué aceptada. Sabemos que en su nueva residencia, la presencia de Felipe ha producido los prodigios de Bergzabern, y que los médicos de Frankenthal, como los de nuestra ciudad, no pueden determinar su causa. Se nos ha informado además que sólo los médicos tienen acceso junto al joven. ¿Por qué se ha tomado esta medida? Lo ignoramos, y nos guardaremos de vituperarla; pero si lo que la haya motivado no es resultado de alguna circunstancia particular, creemos se debiera haber podido dejar que vieran al interesante joven, sino a todo el mundo, al menos las personas respetables.—F. A. BLANCK.»

Observación.—Solo hemos tenido conocimiento de los diferentes hechos que acabamos de relatar, por el folleto que sobre ellos publicó M. Blanck; pero una circunstancia par-

ticular acaba de ponernos en relación con una de las personas que más han figurado en este asunto, la cual ha tenido la amabilidad de suministrarnos sobre el particular, documentos circunstanciados del mayor interés. Hemos tenido igualmente, por evocación, explicaciones muy curiosas e instructivas sobre ese Espíritu golpeador, habiéndose manifestado él mismo a nosotros.

ALLAN KARDEC.

Confesiones de Luis XI.

SU MUERTE.

II.

Extracto del manuscrito dictado por Luis XI a la señorita E. Dufaux.

Nota.—Rogamos a nuestros lectores tengan a bien recordar las observaciones que hemos hecho sobre estas notables comunicaciones en nuestro primer artículo (1).

«No creyéndome con bastante firmeza para oír pronunciar la palabra muerte, había recomendado con frecuencia a mis oficiales me dijeran solamente, cuando me vieran en peligro: «Hablad poco», y ya sabría lo que significaría. Cuando no hubo ya más esperanza, me dijo Olivier le Daim con dureza, en presencia de Francisco de Paula y de Coittier:

—Señor, fuerza es que cumplamos con nuestro deber. No pongais ninguna esperanza en este santo hombre ni en otro alguno, porque no hay remedio para vos, ni hay más que hacer que pensar en vuestra conciencia.

«Aloir esas crueles palabras, se operó en mí una gran revolución; no era ya el mismo hombre y hasta dudaba de mí mismo. Se desplegó rápidamente lo pasado ante mis ojos, apareciéndome las cosas bajo un nuevo aspecto: pasaba en mí algo extraño y desconocido. La dura mirada de Olivier le Daim, fija sobre mi rostro, parecía interrogarme; y yo, para sustraerme a aquella mirada friamente inquisitorial, respondí con aparente tranquilidad:

—Espero que Dios me ayudará; quizás no estoy tan enfermo como pensáis.

«Dicté mi última voluntad y envié junto al joven Rey a aquellos que me rodeaban todavía, quedándome solo con mi confesor Francisco de Paula, le Daim y Coittier. Francisco me

(1) Véase la Revista de este año, pág. 86.

dirigió una conmovedora exhortación; á cada una de sus palabras me parecía que mis vicios se borraban y que la naturaleza volvía á tomar su curso; me sentí aliviado y empecé á recobrar algo de esperanza en la clemencia de Dios.

«Recibí los últimos sacramentos con una piedad firme y resignada, repitiendo á cada instante: «Abogada mía, virgen de Embrun, ayudadme!»

«El martes 30 de agosto, á eso de las siete de la tarde, caí en un nuevo desmayo; todos los que estaban presentes, creyéndome muerto, se marcharon. Olivier le Daim y Coittier, sobre los que pesaba ya la exaceración pública, quedaron solos junto á mi cama, por no tener otro asilo.

«Pronto recobré enteramente mis sentidos, y sentándome en la cama, miré á mi alrededor; nadie de mi familia estaba allí; en aquel supremo momento, ni una mano amiga buscaba la mía para suavizar mi agonía. En ese instante quizá se regocijaban mis hijos, mientras que moría su padre. Nadie pensó que el culpable podía aún tener un corazón que comprendiera el suyo. Procuré oír un sollozo sofocado, y solo oí las carcajadas de los dos miserables que estaban junto á mí.

«Al ver, en un rincón del cuarto, mi galga favorita que se moría de vejez, extremecíose mi corazón de alegría, pues había un amigo, un ser que me amaba.

«Le hice una señal con la mano, y con gran trabajo se arrastró aquella hasta los pies de mi cama y vino á lamer mi moribunda mano. Vió Olivier ese movimiento, levantóse de repente blasfemando, y apaleó la infeliz perra hasta que espiró; mi único amigo me echó al morir, una expresiva y dolorosa mirada. Olivier me empujó con violencia sobre la cama, en la que caí, entregando á Dios mi alma culpable.»

III.

ENVENENAMIENTO DEL DUQUE DE GUYENNE.

«...Me ocupé luego de la Guyenne. Odet d'Aidies, señor de Lescun, que estaba enemistado conmigo, mandaba hacer los preparativos para la guerra con maravillosa actividad. No sin pena entretenía el ardor belicoso de mi hermano (el duque de Guyenne), pues tenía que combatir un terrible adversario en el espíritu de aquél, y era la señora de Thouars, querida de Carlos (duque de Guyenne).

«Esa mujer trataba de aprovechar el imperio que ejercía sobre el joven duque para sustraerle de la guerra, ignorando que esta tenía por objeto el matrimonio de su amante. Sus secretos enemigos habían afectado alabar en su presencia la belleza y las relevantes prendas de la novia; esto fué suficiente para persuadirla de que era segura su desgracia, si aquella princesa se casaba con el duque de Guyenne. Segura de la pasión de mi hermano, recurrió á las lágrimas, á las súplicas y á todas las extravagancias de una mujer perdida en semejante caso. El débil Carlos cedió y dió parte á Lescun de sus nuevas resoluciones. Este previno enseñada al duque de Bretaña y á los interesados; se alarmaron estos y hicieron representaciones á mi hermano, pero sólo alcanzaron el que insistiera con mas empeño en sus irresoluciones.

«Sin embargo consiguió la favorita, no sin trabajo, disuadirle de nuevo de la guerra y del matrimonio; desde entonces, quedó resuelta su muerte por todos los príncipes. Por miedo de que mi hermano no lo atribuyera á Lescun, cuya antipatía por la señora de Thouars conocía, se decidieron á sobornar á Juan Faure Duversois, fraile benedictino, confesor de mi hermano y abate de Saint-Jean d'Angely.

«Ese hombre era uno de los partidarios mas entusiastas de la señora de Thouars, y nadie ignoraba el odio que tenía á Lescun, cuya influencia política envidiaba. No era probable que jamás le atribuyera mi hermano la muerte de su querida, siendo ese sacerdote uno de los favoritos en quien tenía más confianza. Pero como sólo era la sed de grandes lo que le aficionaba á la favorita, poco trabajo costó el sobornarlo.

«Hacia mucho tiempo que intentaba seducir á ese abate; pero siempre había rechazado mis ofrecimientos, quedándose sin embargo la esperanza de conseguirlo.

«Fácilmente vió la crítica posición en que se colocaba, prestando á los príncipes el servicio que de él esperaban; sabía que á los grandes les cuesta poco desembarazarse de un cómplice. Por otra parte, conocía la inconstancia de mi hermano y temía que no fuese su víctima.

«Para conciliar su seguridad con sus intereses, determinó sacrificar su joven amo. Tomando ese partido, tenía tantas probabilidades

dades de un feliz éxito como adverso. Para los príncipes, la muerte del joven duque de Guyenne debía ser consecuencia de una equivocación ó de un accidente imprevisto. La muerte de la favorita, aun cuando habría podido ser imputada al duque de Bretaña, ó á sus confederados, hubiera pasado desapercibido por decirlo así, puesto que nadie hubiese podido descubrir los motivos que le atribuían una importancia real bajo el punto de vista político.

«Admitiendo que se les hubiese podido acusar de la de mi hermano, corrían los mayores peligros, porque hubiera debido castigarlos rigurosamente; sabían además que no me faltaban las ganas de hacerlo, y que en este caso los pueblos se habrían vuelto contra ellos; y que el mismo duque de Borgoña, extraño á lo que se tramaba en Guyenne, se hubiera visto obligado á unirse conmigo, so pena de verse acusado de complicidad. Aun en esta última hipótesis, todo habría salido á medida de mis deseos; hubiera podido hacer declarar á Carlos el Temerario, criminal de esa magnitud, y hacerle condenar á muerte por el parlamento, como asesino de mi hermano. Esa clase de condenas, hechas por esa elevada corporación, producían siempre grandes resultados, sobre todo cuando eran de una legitimidad incontestable.

«Se comprende el interés que tendrían los príncipes en contentar el abate; pero por otra parte, nada era más fácil que desembarazarse de él secretamente.

«Conmigo tenía el abate de Saint-Jean todavía mas probabilidades de impunidad. El servicio que me prestaba era de la mayor importancia para mí, sobre todo en aquel momento: la formidable liga que se formaba y de la que el duque de Guyenne era el centro, debía perderme infaliblemente, siendo la muerte de mi hermano el único medio de destruirla y, por consiguiente, de salvarme. Ambicionaba el valimiento de Tristan el Hermitaño, y creía que por ahí conseguiría elevarse sobre él, ó al menos dividir con él mis favores y mi confianza. Por otra parte, los príncipes habían cometido la imprudencia de dejar en sus manos, incontestables pruebas de su culpabilidad: eran diferentes escritos; como naturalmente estaban concebidos en términos muy vagos, no era difícil substituir la persona de mi hermano á la de la favorita, que no estaba designado sino en tér-

minos sobreentendidos. Entregándome esos documentos, alejaba de mí toda especie de duda sobre mi inocencia; y se libraba también del único peligro que corría por parte de los príncipes, y, probando que yo en nada figuraba en el envenenamiento, cesaba de ser mi cómplice y me quitaba todo interés en hacerle perecer.

«Faltaba probar que tampoco tenía él ninguna parte en ello; esto era más fácil, en primer lugar estaba seguro de mi protección, y en segundo, no poseyendo los príncipes pruebas de su culpabilidad, podía rechazar sobre ellos sus acusaciones á título de calumnias.

«Habiendo meditado bien todo eso, me mandó un comisario, aparentando que venía por sí mismo, y me dijo que el abate de Saint-Jean estaba descontento de mi hermano. Comprendí al instante todo el partido que yo podía sacar de semejante disposición, y caí en el lazo que me tendía el astuto abate; no sospechando que ese hombre pudiera ser enviado por él, le envié á uno de mis espías de confianza, pero Saint-Jean se manejó tan bien que aquél quedó engañado. A consecuencia de su relación, escribí al abate para atraerme, y aunque aparentó muchos escrúpulos, triunfó por último de él, pero no sin trabajo. Consintió pues en encargarse del envenenamiento de mi hermano; y estaba yo tan pervertido, que ni siquiera vacilé en cometer tan horrendo crimen.

«Enrique de la Roche, repostero del duque, se encargó de hacer preparar un albérchigo, que el mismo abate ofreció á la señora de Thouars, mientras cenaba con mi hermano. La belleza de aquella fruta era notable; la hizo admirar al príncipe y la compartió con él. Pero apenás la habían comido ambos, sintió la favorita violentos dolores de entrañas, y no tardó en espirar en medio de los mas atroces sufrimientos. Mi hermano experimentó los mismos síntomas, pero con mucha menos violencia.

«Quizá parecerá extraño que el abate se hubiese servido de semejante medio para envenenar á su joven señor; en efecto, el menor accidente podía desconcertar su plan. Sin embargo, era el único que podía admitir la prudencia: daba fundamental lugar á la conjectura de una equivocación. Sorprendida de la hermosura del albérchigo, era muy natural que la señora de Thouars lo hiciese ad-

mirar á su amante y le ofreciera la mitad; y éste no podía menos de aceptar y de comer un poco, aunque no fuera más que para complacerla. Admitiendo que sólo hubiese comido una pequeña parte, bastaba esta para darle los primeros síntomas necesarios, pudiendo entonces un envenenamiento posterior, acarrear la muerte como consecuencia del primero.

Los príncipes se sobre cogieron de terror al saber las fatales consecuencias del envenenamiento de la favorita, porque no tuvieron la menor sospecha de la premeditación del abate. Sólo pensaron en dar todas las apariencias naturales á la muerte de la joven señora, y á la enfermedad de su amante; pero ninguno de ellos se atrevió á dar un contraveneno al desgraciado príncipe, por miedo de comprometerse; en efecto, semejante acción hubiese dado á comprender que conocía el veneno y que, por consiguiente, era cómplice del crimen.

«Gracias á su juventud y á la fuerza de su temperamento, resistió Carlos algún tiempo el veneno. Sus padecimientos físicos no hicieron sino excitarle á sus antiguos proyectos con más ardor. Temiendo que su enfermedad disminuyera el celo de sus oficiales, quiso hacerles renovar el juramento de fidelidad. Como les exigía que se empeñasen en servirle contra todos, áun contra mí, temiendo algunos su muerte, que parecía próxima, rehusaron prestarlo y se pasaron á mi corte...»

* *Observación* — Se han leído en el artículo II los interesantes detalles dados por el mismo rey Luis XI sobre su muerte. El hecho que acabamos de relatar en el III, no es menos notable bajo el doble punto de vista de la historia y del fenómeno de las manifestaciones. Por lo demás, nada tenemos que escoger; la vida de ese rey, tal como el mismo la ha dictado, es sin contradicción la más completa que tenemos y podemos decir la más imparcial. El estado del Espíritu de Luis XI le permite hoy apreciar las cosas en su justo valor; se ha podido ver, por los tres fragmentos que hemos citado, cómo se juzga á sí mismo; explica su política mejor que no lo ha hecho ninguno de sus historiadores, sin absolver su conducta; y en su muerte, tan triste y tan vulgar para un monarca tan potente pocas horas ántes, vé un castigo anticipado.

Como un hecho de manifestación, ofrece este trabajo un interés muy particular; prueba que las comunicaciones espiritistas pueden ilustrarnos sobre la historia cuando sabe uno ponérse en condiciones favorables. Hacemos votos para que la publicación de la vida de Luis XI, como también la no menos interesante de Carlos VIII, igualmente terminada, vengan pronto á acompañar á la de Juana de Arco.

ALLAN KARDEC.

Henri Martin.

SU OPINION SOBRE LAS COMUNICACIONES EXTRA-CORPORALES.

Vemos desde aquí á ciertos escritores jubilados que se encogen de hombros al solo nombre de una historia escrita por los Espíritus. Pues qué! dicen, vendrán sérves del otro mundo á comprobar nuestro saber, á nosotros sabios de la tierra! Vaya pues, ¿es esto posible? — No os obligamos á creerlo, señores; no daremos siquiera el menor paso para quitaros una ilusión tan grata. Aun os aconsejamos, en beneficio de vuestra gloria futura, que escribáis vuestros nombres en carácter INDELEBLES al pie de esta modesta sentencia: *Todos los partidarios del Espiritismo, son insensatos, porque sólo á nosotros pertenece juzgar hasta donde alcanza el poder de Dios;* y esto, á fin de que no los olvide la posteridad, la misma que juzgará si debe colocarlos al lado de aquellos que poco ha rechazaron los hombres á quienes la ciencia y la gratitud pública levantan hoy estatuas.

Entre tanto, he aquí un escritor cuya alta capacidad nadie desconoce, que se atreve también, á riesgo de pasar por loco, á enarbolar la bandera de las nuevas ideas sobre las relaciones del mundo físico con el mundo corporal. Leemos lo que sigue en la *Histoire de France* de Henri Martin, tomo 6, página 143, á propósito de Juana de Arco:

«...Existe en la humanidad un orden excepcional de hechos morales y físicos que parecen derrogar las leyes ordinarias de la naturaleza; es el estado de éxtasis y de sonambulismo, ya sea espontáneo ó ya sea artifcial, con todos sus maravillosos fenómenos

de mudanza de sentidos, de insensibilidad total ó parcial del cuerpo, de exaltacion del alma, y de percepciones fuera de todas las condiciones de la vida habitual. Esta clase de hechos ha sido juzgada bajo puntos de vista distintos. Viendo los fisiólogos las relaciones, acostumbradas de los órganos, turbadas ó cambiadas, califican de enfermedad el estado extático ó de sonambulismo, admiten la realidad de aquellos fenómenos que pueden referir á la patología, negando todo lo demás, es decir, todo lo que se separa de las leyes justificadas de la física. A sus ojos, dejenera aun la enfermedad en locura, cuando al cambio de la acción de los órganos, se añaden alucinaciones de los sentidos, y visiones de objetos que sólo existen para el visionario. Un eminent fisiólogo ha dicho con mucha formalidad, que Sócrates fué un loco, porque creía conversar con su demonio. Los místicos responden no solo afirmando la realidad de los fenómenos de las percepciones magnéticas, sobre cuya cuestión encuentran innumerables auxiliares y testigos fuera del misticismo, sino que las visiones de los extáticos son efectos reales, en verdad, no vistos por los ojos del cuerpo, sino por los del Espíritu. El éxtasis es segun ellos un puente entre el mundo visible y el mundo invisible, un medio de comunicar el hombre con los seres superiores, el recuerdo y la promesa de una existencia mejor, de la que hemos decaido y que hemos de volver á conquistar.

«Qué partido deben tomar en este debate la historia y la filosofía?

«A la historia no le incumbe determinar con precision los límites ni la importancia de los fenómenos, ni de las facultades extáticas y sonambúlicas; pero hace constar que ellos son de todos los países, que siempre han creido los hombres en tales fenómenos y que han ejercido una influencia considerable en los destinos del género humano; que no solo se han manifestado entre los contemplativos, si que tambien entre los génios mas poderosos y mas activos, y en la mayor parte de los grandes iniciadores; que, por muy irrationales que sean muchos extáticos, no hay nada de comun entre las divagaciones de la locura y las visiones de algunos; que esas visiones pueden reducirse á ciertas leyes; que los extáticos de todos los países y de todos los siglos, tienen lo que se puede llamar una lengua común, la de los símbolos, de cuya

lengua la poesía ha sido un derivado, lengua que expresa casi constantemente las mismas ideas y los mismos sentimientos por las mismas imágenes.

«Quizá sea aún mas temerario pretender explicar esos hechos en nombre de la filosofía; sin embargo el filósofo, despues de haber reconocido la importancia moral de esos fenómenos, por oscuros que sean para nosotros su ley y objeto, despues de haber distinguido en ellos dos grados, uno inferior, que solo es una extraña extensión ó un inexplicable cambio de la acción de los órganos, y el otro superior, que es una poderosa exaltación de las potencias morales e intelectuales, podría sostener el filósofo, segun nuestro parecer, que la ilusión del inspirado consiste en tomar por una revelación traída por seres exteriores, ángeles, santos ó génios, las revelaciones interiores de esa infinita personalidad que está en nosotros, y la que alguna vez, en los mejores y mas grandes, manifiesta por detalles, fuerzas latentes que sobrepasan casi sin medida las facultades de nuestra condición actual. En una palabra, en la lengua de la escuela, son esto para nosotros, *hechos de subjetividad*; en la lengua de las antiguas filosofías místicas y religiosas mas elevadas son las revelaciones del *frérouer*, *masdéen*, del buen demonio (el de Sócrates), del ángel guardian, de ese otro *Yo* que no es mas que el *yo* eterno, en plena posesión de sí mismo, cerniéndose sobre el *yo* rodeado de las tinieblas de esta vida (es la figura del magnífico símbolo Zoroástrio figurado por dó quiera en Persépolis y en Nínive; el *frérouer* alado ó el *yo* celeste cerniéndose sobre la persona terrestre.)

«Negar la acción de seres exteriores sobre el inspirado, no ver en las pretendidas manifestaciones extáticas mas que la forma dada á las instituciones del extático por las creencias de su tiempo y de su país, buscar la solución del problema en las profundidades de la persona humana, no es de ningún modo poner en duda la intervención divina en esos grandes fenómenos y en esas grandes existencias. El autor y el sostén de toda vida, por esencialmente independiente que sea de cada criatura y de la creación entera, por distinta que sea de nuestro ser contingente su personalidad absoluta, no es un ser exterior, es decir, extraño á nosotros, y no es fuera de nosotros que él nos habla; cuando

el alma penetra en si misma, ella lo encuentra allí, y, en toda inspiración saludable, se asocia nuestra libertad á su Providencia. Aquí como en todo, tropezamos con el doble escollo de la incredulidad y de la piedad mal ilustrada: la una sólo vé ilusiones e impulsos puramente humanos: la otra se niega á admitir que haya nada de ilusion, de ignorancia ó de imperfección, allí donde ella vé el dedo de Dios. Como si los enviados de Dios dejaran de ser hombres, de un cierto tiempo y lugar, y como si los sublimes destellos que penetran el alma, depositasen en ella la ciencia universal y la perfección absoluta. En las inspiraciones mas evidentemente providenciales, se mezclan los errores que provienen del hombre á la verdad que proviene de Dios. El sér infalible no comunica su infalibilidad á nadie.

«No creemos que esta digresión pueda parecer supérflua, tenemos que decidir sobre el carácter y la obra de aquella de las inspiradas que ha manifestado en mas alto grado las extraordinarias facultades de que hemos hablado poco há, y que las ha aplicado á la mas brillante misión de los tiempos modernos; debíamos procurar formular pues una opinión respecto de la categoría de seres excepcionales á los que pertenece *Juana de Arce*.»

Conversaciones familiares de ultra-lumba.

Mehemet-Ali, antiguo pachá de Egipto. (1)

2.º CONVERSACION.

1. En nombre de Dios todopoderoso, ruego al Espíritu de Mehemet-Ali se sirva comunicarse á nosotros.—Sí; ya sé para qué.

2. Nos habeis prometido volver entre nosotros para instruirnos; ¿tendráis la bondad de escucharnos y respondernos?—No lo he prometido, ni me he comprometido á hacerlo.

3. Sea así; en lugar de *prometer*, pongamos que nos habeis hecho esperar.—Es decir, para satisfacer vuestra curiosidad; no importa! me prestaré á ello.

4. Puesto que habeis vivido en tiempo de los Faraones, ¿podráis decirnos con qué objeto se construyeron las pirámides?—Son sepulcros; sepulcros y templos; allí se verificaban las grandes manifestaciones.

5. ¿Tenían también un objeto científico?—Nó; el interés religioso lo absorvia todo.

6. Se necesitaba que los Egipcios estuvieran ya en aquel tiempo muy adelantados en las artes mecánicas para dar cima á trabajos que exigían fuerzas tan considerables. ¿Podrían darnos una idea de los medios que emplearon?—Una multitud de hombres han gemido bajo el peso de esas piedras que han atravesado los siglos: el hombre era una máquina.

7. ¿Qué clase de hombres emplearon en esos grandes trabajos?—Lo que vosotros llaman el pueblo.

8. ¿Estaba el pueblo como esclavo ó recibía un salario?—La fuerza.

9. ¿De dónde venía á los Egipcios el gusto á las cosas colosales con preferencia al de las cosas graciosas, que distinguía á los Griegos, aunque procedentes de un mismo origen?—El egipcio era impresionado por la grandeza de Dios, y quería igualarse á él sobrepujando sus fuerzas. ¡Siempre el orgullo del hombre!

10. Puesto que fuisteis sacerdote, en aquella época, dignaos deciros algo de la religión de los antiguos Egipcios. ¿Cuál era la creencia del pueblo sobre la Divinidad?—Corrompidos, sólo creían en sus sacerdotes; eran dioses para ellos, aquellos que les tenían esclavizados.

11. ¿Qué pensaba del estado que le esperaba después de la muerte?—Creía lo que le decían los sacerdotes.

12. ¿Tenían los sacerdotes bajo el doble punto de vista de Dios y del alma, ideas mas sanas que el pueblo?—Sí, tenían la luz entre sus manos; ocultándola á los demás, la veían aún.

13. ¿Participaban los grandes del Estado de las creencias del pueblo ó de la de los sacerdotes?—Entre las dos.

14. ¿Cuál era el origen del culto ofrecido á los animales?—Querían alejar al hombre de Dios y degradarlo, dándole por dioses seres inferiores.

15. ¿Se comprende hasta cierto punto el culto de los animales útiles, pero no el de los animales inmundos y nocivos, como serpientes, cocodrilos, etc.?—El hombre adora lo que teme. Este era un yugo para el pueblo. ¡Podían creer los sacerdotes en dioses que ellos habían hecho?

16. ¿Por qué extrañeza adoraban á la ve-

(1) Véase la *Revista* de mayo, pág. 116.

al cocodrilo así como á los reptiles, y al ichneumon y al ibis que los destruyen?—Aberación del Espíritu que por dó quiera busca dioses para ocultar el verdadero.

17. Por qué estaba representado Osiris con una cabeza de gavilan y Anubis con la de un perro?—El egipcio gozaba en la personificación bajo claros emblemas: Anubis era bueno, y el gavilan que destroza representaba al cruel Osiris.

18. Cómo se concilia el respeto de los egipcios por los muertos, con el desprecio y horror que les inspiraban aquellos que los enterraban y los momificaban?—El cadáver era un instrumento de manifestación; el Espíritu, según ellos, volvía al cuerpo que había animado. El cadáver, uno de los instrumentos del culto, era sagrado, y el desprecio seguía al que osaba violar la santidad de la muerte.

19. La conservación de los cuerpos, daba lugar á mayor número de manifestaciones?—Más largas; es decir, que el Espíritu volvía por más tiempo, mientras el instrumento era dócil.

20. No tenía también la conservación de los cuerpos una causa de salubridad en razón de las inundaciones del Nilo?—Sí, respecto á los cadáveres de los del pueblo.

21. Se hacia la iniciación en los misterios en Egipto con prácticas tan rigurosas como en Grecia?—Más rigurosas.

22. Con qué objeto se imponían á los iniciados condiciones tan difíciles de cumplir?—Para no tener más que almas superiores: aquellas que sabían comprender y callarse.

23. La enseñanza de los misterios tenía por único objeto la revelación de las cosas extra-humanas, ó bien se enseñaban también los preceptos de la moral y del amor al prójimo?—Todo eso se hallaba muy adulterado. El objeto de los sacerdotes era sólo dominar, y no instruir.

A. K.

El Espíritu y los herederos.

Uno de nuestros abonados de La Haya, (Holanda) nos comunica el siguiente hecho que ha tenido lugar en un círculo de amigos, ocupándose de manifestaciones espiritistas. Prueba, añade, una vez mas, y sin réplica posible, la existencia de un elemento inteligente é invisible que obra individual y directamente con nosotros.

Los Espíritus se anuncian por los movimientos de una pesada mesa y por golpes. Se les pregunta por su nombre: y contestan que son los difuntos Sr. y Sra. G... muy riegos durante esta vida. El marido, de quien provenía la fortuna, no teniendo hijos, desheredó á sus próximos parientes á favor de la familia de su mujer, muerta poco ántes que él. Entre las nueve personas presentes á la sesión, se encontraban dos señoras desheredadas, y el marido de una de ellas.

G... fué siempre un pobre hombre y [el] muy humilde servidor de su mujer. Despues de la muerte de esta, su familia se instaló en la casa para cuidarle. El testamento fué hecho con el certificado de un médico declarando que el moribundo gozaba de la plenitud de sus facultades.

El marido de la Sra. desheredada, que designaremos con la inicial R... tomó la palabra en estos términos: «Cómo os atreveis á presentaros aquí despues del escandaloso testamento que habeis hecho! En seguida, acorralándose mas y mas, acabó por injuriarles. Entonces la mesa dió un salto y arrojó la lámpara con fuerza á la cabeza del interlocutor. Este pidió le escusaran ese primer movimiento de cólera, y les preguntó á qué acudían.—Venimos á explicaros los motivos de nuestra conducta. (Las respuestas se obtenían por golpes indicando las letras del alfabeto.)

Conociendo R.... la ineptitud del marido, le dijo que se retirara, y que sólo escucharía á su mujer. El Espíritu de esta, dijo entonces que la señora R. y su hermana, eran bastante ricas para pasar sin su parte de herencia; que otros eran malos, y que otros, en fin, debían sufrir esta prueba; por cuyas razones aquella fortuna convenía mejor á su propia familia. Poco satisfecho R.... de estas explicaciones, exaló su cólera en vituperios injuriosos. Entonces la mesa se agita con violencia, se encabrita, golpea con fuerza el suelo, y arroja una vez mas la lámpara sobre R.... Despues de calmado, trata el Espíritu de persuadir que desde su muerte ha sabido que el testamento había sido dictado por un Espíritu superior. R... y aquellas señoras, no queriendo continuar una disputa inútil, le ofrecieron un sincero perdón. Al instante se levanta la mesa del lado de R... y se apoya sobre éste con suavidad, y como abrazándole; las

dos señoras recibieron la misma señal de gratitud, teniendo la mesa una vibración muy marcada. Restablecida la buena inteligencia, compadecié el Espíritu á la heredera actual, diciendo que acabaría por volverse loca.

R... le vituperó también, pero con suavidad, por no haber hecho ningún bien con tan gran fortuna durante su vida, añadiendo que por esta razón nadie le echaba á menos. «Sí, respondió el Espíritu, hay una pobre viuda que habita en la calle... que aún piensa en mí, porque alguna vez le di alimentos, vestidos y leña.

No habiendo dicho el Espíritu el nombre de esta pobre mujer, uno de los asistentes fué en su busca y la halló en el lugar indicado; y lo que merecía ser notado, es que desde la muerte de la Sra. G., había cambiado de domicilio; habiendo sido éste el que fué indicado por el Espíritu.

DISERTACIONES ESPIRITISTAS.

Trascurre el tiempo.

(Barcelona 5 junio de 1870).

(MÉDUM, E. A. S.)

I.

Fiat lux!

Las tinieblas huyeron ante los rayos de la luz, localizados en los soles que brotaron de la nada.

Las esferas giraron en el espacio dispuestas á recibir el *desarrollo de la creación*.

Un punto brillante primero, luego un foco de revueltos gases, y una mole de lava ardiente después; giraba en sí misma y al rededor de uno de aquellos soles; en lucha, la absorción con la independencia.

La armonía estableció el orden en esa gran línea neutra entre las dos tendencias, y la tierra girando sobre su eje marchó recubierta de una capa de densísimos vapores.

Y trascurre el tiempo.

II.

El universo continúa en su acción constante, equilibrando su temperatura.

El globo igneo, en fuerza del equilibrio, principia también por apagar su costra.

Los vapores se condensan y el *iman central* los atrae en inmensas cataratas, precipitándolas sobre la tierra, y provocando con

su gravitación y su menor temperatura, la contracción exterior de la esfera.

La masa candente contenida en estrecho límite, dilata sus gases y estalla abriendo cráteres profundos, que dan paso á su reconcentrada cólera al través de las aguas ebullientes.

Las aguas rosalan al rudo empuje de los grandes levantamientos, y van á refugiarse en los hondos respiraderos del fuego interno.

Restabléese el equilibrio.

El fuego queda señor de las altas cumbres, y las aguas señoras también del fondo de los valles.

Y trascurre el tiempo.

III.

Empieza la vegetación rudimentaria, en las escarpadas rocas de la tierra, á dar la señal primera del organismo insensible; en tanto que en el fondo de los mares se desarrolla también la misma fuerza vital.

Virgen la tierra, pronto se desenvuelve ese germen de producción y de fecundía, y abre paso á la animalización de sus sustancias, á las primeras vibraciones de la fuerza productora del organismo animal, en el polvo, en las aguas y en el aire.

Avida la tierra de desarrollo, celosa como la madre desvelada por sus hijos, dá á las plantas y animales el calor que la sustraen y que fácilmente ceden á la enrarecida atmósfera.

El suelo vuelve á contraerse á la sucesiva absorción del calórico, para equilibrio general é incesante de los cuerpos en el espacio; y las violentas convulsiones del fragor interno, presagian un nuevo cambio en la faz terránea.

Niágaras de lumbre por las cimas rugen; las aguas amenazadas en su retiro, se revuelven contagiadas de la cólera; y trémula de pavor, porque el valle es monte y el monte abismo, la tierra se abandona á merced de los volcanes y los mares.

Dueñas las aguas de las graníticas rocas desgajadas, que ántes las subyugaron con imperio, á su fondo las relegan en dóciles arrugas convertidas, como premio de soberbia.

Y trascurre el tiempo.

IV.

Restablecida la calma, la naturaleza prosigue en el ejercicio de su acción creadora.

La fecundia se reparte por la redondez del planeta, y á las nuevas condiciones de hábi-

tabilidad que trajo el cataclismo, nuevos seres añadía á los yá conocidos, de organización más completa y complicada.

¡Y cuando de la primavera en los bosques y en los prados, las auras suspiraban por las flores saturándose de perfumes deliciosos! cuando las aves en sonora algarabía saludaban á las mágicas tintas de púrpura, azul y oro, de la tibia luz de la mañana! cuando en el limpio y azulado charco, que al soplo del céfiro suave se rizaba, á la débil onda de silenciosa orilla los peces llegaban para lucir al sol su argentina escama! cuando ya las cumbres de elevados montes blanqueaban sus gargantas con la nieve; y en la falda de la sierra, donde trisca el cervatillo, la encantada fuente murmuraba deslizándose á la llanura! y cuando ya, en fin, en la selva oculataba la fiera, porque el *Reino animal* desarrollado, por la faz del globo se extendía: la naturaleza dió por terminado el gran pedestal de la Humanidad!

Y representada en las simbólicas figuras del Paraíso, la Humanidad llegó.

Reconoció su inteligencia; consideró esclava suya á la creación; y anhelosa de sabiduría, quiso volar y estrelló su deseo con la torpeza de sus alas.

¡La Humanidad adormecida en la abundancia, no soñó la turbación de su dulce paz!

Pronto á su desarrollo, no bastaron ya los goces que la naturaleza pródiga le presentara en su espontánea fecundidad y se vió subyugada por el insoportable imperio de la necesidad; cuando apareció la ineludible ley del trabajo simultánea, con los primeros albores del egoísmo.

Los hombres de las montañas, desarrollaban sus instintos sanguinarios y feroces con su habitual ejercicio de la caza: los habitantes de las praderas al cuidado de sus rebaños se adormecían indolentes en sus hábitos patriarciales.

Dividida la humanidad, presenció la primera lucha fratricida por intereses encontrados, terminando su armónica (1) unión del mismo modo que había ahogado su paz en su soberbia.

Desde entonces la Humanidad no volvió á

estar jamás unida moral y cordialmente. Extendióse sobre la tierra; y, á su paso, el hombre que en su principio se vió satisfecho y sin temor, en adelante sólo sintió el rencor, el miedo y la codicia.

Y trascurre el tiempo.

V.

Aquella Humanidad que despavorida vagaba desde la aurora de su existencia, tuvo que atender no sólo á la necesidad individual, sino también á la colectiva.

Empezaron las grandes agrupaciones, y en las que, el arte comenzó su incubación al calor del afán de las ciudades.

Nino funda á Nivive, que señora de las montañas desarrolla su imperio y poderio y desciende codiciosa á las plácidas llanuras del Eúfrates y el Tigris, en donde se extiende la indolente Babilonia arrobrada en su molicie: y 1917 años ántes de la era cristiana, ved á Semiramis desde los mágicos jardines de su Babel, extender su dominio hasta las fronteras de la Escitia consideradas entonces como el confín del mundo conocido.

¡Ved! Ved la lucha del espíritu y la materia! ¡Ved la lucha de la sustancia inerte con la ley de amor, que empezará en el insondable espacio al desprenderse y rodar en sí el botón candente!

¡Ved la lucha del centro y la superficie, el rencor del fuego con el agua que saturó el corazón de Cain para que él nos legara la herencia del imperio de la materia! Sello indeleble de la triste Humanidad que en vano ansiará extinguir de su frente, sin fundir ántes su corazón podrido al intensó y vivificante calor de la verdad!... Ah!... El tiempo trascurre!

Y en tanto la India y la China acumulaban la observación y la experiencia, permaneciendo ignoradas del mundo de las evoluciones como islas científicas en el mar de los tiempos; y en tanto el Egipto descuidado en sus idolatrías, (la aristocrática y la popular) grababa su soberbia en sus maravillosas canalizaciones, sus gigantescas pirámides y sus cadáveres embalsamados; se anuniciaba el ser destinado á renovar la alianza de amor que la fó de Abraham realizó con el Espíritu supremo.

En las frías crestas del Sinaí, en su inspiración divina, escribió Moisés su grandiosa epopeya, cuyas Tablas al través de los siglos habían de conservarse imperecederas como gáses fijas de la paz humana.

(1) Esta armonía era resultado de la superabundancia de elementos para satisfacer las humanas necesidades; no de una voluntad privilegiadora del Hacedor —N. del E.

Ved ahora como esta Humanidad desventurada obedeció la ley armónica de la fraternidad y la justicia, aún oyendo después los vaticinios de sus profetas.

Babilonia que había disuelto los reinos de Judá y de Israel, cayó en poder de Ciro que paseó triunfante las armas persas por el imperio Asirio. Y la Persia prepotente, caduca ya en el reinado de Dario, se rinde á discreción á aquel Alejandro que en Gordium, cortó el nudo con su espada al impulso de su impaciencia.

¡Todo nace, crece, se desarrolla y se desmorona luego por leyes precisas y naturales! Así el grande imperio de Alejandro se desmoronó! Así la Grecia, que después de terminar sus intestinas guerras se elevó en la atmósfera de las ciencias, apagó la antorcha que encendieran los Hipócrates, los Homeros y los Pitágoras, al gigante estruendo y avasallador empuje de la guerrera Roma!

¡Esa Roma, que habiendo saciado sus instintos dominadores, subyugando la mayor parte del mundo conocido, emprende la conquista de la inteligencia; y apoderada de los clásicos conocimientos de la gran Atenas, alumbría génios como Lucrecio, Séneca, Plinio, Galeno, etc., etc.

El siglo de oro retrata el explendor y la grandeza de la Reina de las armas, las ciencias, las letras y las artes.

¡Ese siglo que fué el límite del apogeo de la civilización antigua!

¡Ese siglo cuyos vividos resplandores fueron pálidos ante la dulce y amorosa luz que brotó del Gólgota!

¡No parece sino que la inteligencia humana se desarrollaba sin sospecharlo para recibir la verdadera ciencia! El divino comentario de la Ley mosaica! El anunciado complemento de los profetas!

¡Védele allí! ved al Espíritu sublime que encarnó en Nazaret y apareció en Betlem; que se huyó á Egipto y volvió al Jordan; que enseñó en el lago, en el monte, en el desierto y en la ciudad; que entró en Jerusalén y subió al Calvario, donde espiró abrazado en el fuego mismo de su amor, coronando la segunda y la sublime y divina epopoya de la regeneración humana!

«*Amad á vuestros enemigos,*» resonó por todo el ámbito de la tierra! «*Perdonad los Padre mio!*» se escuchó en los aires á su último suspiro. Una gota de sudor y san-

gre desprendida de las sienes del Crucificado, rodó en el polvo constituyendo un sér, que desde entonces cual una sombra misteriosa, anda vagando entre la Humanidad incansable y desconocida.

—Trascurre el tiempo....

VI.

Y.... La Humanidad ha llegado al último tercio del decimonono siglo desde aquel en que el divino Sér complementará la Ley Mosaica.

La tierra ha recorrido 1837 veces su órbita desde aquel otro dia en que el Espíritu Santo, inspirára é infundiera la ciencia en los propagadores de la celeste dicha.

Mañana es el gran aniversario de aquella memorable comunicación del Purísimo sér á los discípulos del Nazareno, y de cuyo acontecimiento el recuerdo será imperecedero entre vosotros.

Desde entonces aquellos hombres débiles é ignorantes, estuvieron siempre inspirados y fortalecidos en su misión, como todos aquellos otros espíritus á quienes ellos apoderaron para coadyuvar á la propaganda del Cristianismo.

¡Oh misterio de la acción omnipotente de Criador!

¡No parece sino que sustanciados el amor y el sacrificio, la caridad y la sabiduría, fueron en viva y rutilante llama á posarse en las cabezas é ingerirse hasta el corazón de aquellos bienaventurados Sér!

¡No parece sino que la acción virtual de Supremo Espíritu fué en todos ellos divino aróma que trascendía é impregnaba al contacto y á la vista de los mismos!

¡Loado sea, loado sea el Sér que desposa el cielo con la tierra!

¡Salve á la paz de la vida! salve á la aurora de la eterna dicha!

¡Commemorad y saludad, hermanos, amorosamente á la Buena nueva! Regocijaos con toda la efusión de vuestra alma al sentir el enlace misterioso de vuestro espíritu con el mismo Dios!

VII.

Mucho tiempo ha trascurrido desde aquel memorable acontecimiento, y desde entonces al través de los siglos y á pesar de la sofisticación, han permanecido intactos aquellos principios axiomáticos; aquella fuente de verdad y de salud que Moisés hizo brotar con su vara mágica de la cumbre del Si-

na!, de la que, el *divino nivelador* encauzó sus perdidas aguas, con las que hoy vosotros regais el fecundo campo donde sembráis vuestro amor.

¡Hay sombras en la historia, tan significativas y proféticas, que por antítesis iluminan tanto como la mas intensa luz! Sombras que se confunden con la oscuridad de vuestro pensamiento, y si alguno las distingue no se atreve á manifestarlas! Esas noches de los tiempos en los que la fe adormecida con la esperanza aguarda el dia clarísimo y sereno de la verdad!

Cuando Moisés apareció en el gran Bazar de las religiones del Nilo, el Egipto extendía su civilización característica veloz como la rápida carrera de sus casuarios. Poco después á la luz resplandeciente de su apogeo, sucedió una penumbra y á la penumbra una larga noche en la que aún existe sumergido.

Cuando Jesus redilaba sus ovejas, sirvieron de alfombra á su divina planta las flores de la civilización romana. ¡Y que sombra! ¡Qué noche tan oscura no ha sucedido á aquel expléndido *siglo de oro*! Roma! Aquella Roma tan rica, tan opulenta, tan sabia y tan poderosa, vió sus tesoros, sus guerreros, sus patricios, sus sabios, sus poetas, su grandeza en fin, todo junto volar espantado al impetu salvaje de la bárbara irrupcion!

¡Que ha sido despues de Roma! Vosotros lo sabeis. ¡Qué ha quedado de aquella civilización del siglo de oro! Débiles rayos de luz que hoy refleja el vuestro con el respeto que á un cadáver se tributa, con el recuerdo sagrado de lo que fué.

Un hilo simpático sin embargo comunica al través del silencio y la oscuridad de los tiempos, vuestro siglo XIX con el siglo de los mártires y los Césares: este hilo es la estela que dejó á su paso aquel Sér formado por aquella gota de sangre y el polvo del Gólgota; hilo que une las dos civilizaciones como dos flores hermanas unidas por sus pedúnculos.

Ese hilo es la fe, el sér, la verdad impecable; el trasunto del *consumatum est*; Sér que jamás perece y se conserva viviente aún en el tenebroso trascurso de los tiempos; quien hoy se encarna en vuestra doctrina y quien viene á habitar el edificio que levantais.

La naturaleza es el gran libro de las maravillas de la Creacion y el interminable ca-

tálogo de las leyes que le rigen, así como la Historia es á su vez el gran libro de las vicisitudes humanas y el extenso índice de los errores y el extravío del hombre. Atended pues, hermanos, ahora que conmemorais la gran síntesis de Espiritismo y os hallais en el período álgido del siglo XIX.

Quien de la naturaleza no imite y siga paralelo á la misma, su misteriosa tendencia revelada incesantemente por sus fenómenos; quien de la historia no deduce y se previene de los errores de las generaciones ascendentes grabadas con caractéres indelebles en sus fatales páginas ¡Qué espera? ¡qué espera que le avisen ya? ¡Qué lecciones prácticas aguarda para ilustrar su inteligencia y sensibilizar su corazón! ¡Cómo se atavia para recibir la buena nueva de la que es precursora la actual civilización!

Esperais la inspiración divina con manifestación sensible para sublimar vuestro espíritu?

¡No lo espereis! Que así como cada civilización ha preponderado á su antecesora, vuestra generación prepondera á las anteriores.

Buscadla, que la paloma se cierne siempre sobre sus apóstoles.—*Un Espíritu amigo.*

BIBLIOGRAFÍA.

Las manifestaciones de los Espíritus.

RESPUESTA Á MR. VIENNET, POR PAUL AUGUEZ (1)

Mr. Paul Auguez es un adepto sincero e ilustrado de la doctrina espiritista; su obra, que hemos leido con gran interés, y en la que hemos reconocido la elegante pluma del autor de los *Elus de l'avenir*, es una demostración lógica y erudita de los puntos fundamentales de la doctrina, es decir, de la existencia de los Espíritus, de sus relaciones con los hombres, y, por consiguiente, de la inmortalidad del alma y de su individualidad despues de la muerte. Siendo su principal objeto responder á las sarcásticas agresiones de Mr. Viennet no trata sino de los puntos capitales, limitándose á probar con hechos, con el raciocinio y

(1) Un vol. en 8º; 2 fr. 50 céntimos Paris, librería espiritista.

autoridades mas respetables que esta creencia no está fundada en ideas sistemáticas ó pre-ocupaciones vulgares, sino que descansa sobre bases sólidas. El arma de Mr. Viennet es el ridículo, la de Mr. Auguez es la ciencia. Con numerosas citas que prueban un estudio serio y una profunda erudición, hace constar que si los adeptos de hoy, á pesar de su número siempre creciente y las personas ilustradas de todos los países que á ellos se unen son, como pretende el ilustre académico, cabezas descompuestas, tienen de comun esa dolencia con los mas grandes génios de que se honra la humanidad.

En sus refutaciones Mr. Auguez ha sabido conservar siempre la dignidad del lenguaje, y este es un mérito que no podemos menos de alabar, pues en ninguna parte de su obra se encuentran esas diatribas malsanas, que han dejenerado en lugares comunes de mal gusto, y que no prueban otra cosa que falta de educación. Todo lo que él dice es serio, grave, profundo, y está á la altura del sabio, á quien se dirige. ¿Le ha convencido? lo ignoramos, y hablando francamente, lo dudamos; pero en definitiva, como su libro está escrito para todo el mundo, las semillas que arroja no todas serán perdidas.

Siendo la teoría desarrollada por Mr. Auguez, salvo quizás algunos puntos secundarios, la misma que profesamos nosotros, no haremos bajo este aspecto ninguna crítica de su obra, que figurará entre las obras espiritistas, y que será leída con provecho. Sólo una cosa hubiéramos deseado, y es alguna mayor claridad en las demostraciones y método en el orden de materias. Mr. Auguez ha tratado la cuestión como sabio, porque se dirigía á otro sabio capaz seguramente de comprender las cosas mas abstractas; pero debiera haber pensado que escribía no tanto para un hombre como para el público, que lee siempre con mas placer y provecho lo que sin esfuerzos comprende (1).

«Os esperan próximas luchas; preparaos!...» Así nos hablaban, hace algunos meses, nuestros guías espirituales, y no nos han engañado. La lucha no ha tardado en manifestarse, y hoy está encendida, general y encarnizada. En Madrid, en Salamanca, en Sevilla, en Valencia y en otras varias ciuda-

des, se discute el Espiritismo. Y contra él se emplea toda clase de armas, pues todas, todas sin excepción, se juzgan buenas, para combatirlo y procurar su completo anonadamiento.

En Barcelona reina tranquilidad sobre este punto. Así, por lo menos, lo creen algunos; pero nosotros podemos afirmar todo lo contrario. Los adversarios con que en esta ciudad cuenta nuestra doctrina, no están inactivos. Preparan contra ella un golpe decisivo, según imaginan; preparan una obra, que ya conocemos, y que, á creer lo que dicen nuestros contrincantes, acabará para siempre con el Espiritismo. Hé aquí el título de la obra en cuestión: *Costumbres y prácticas de los demonios ó Espíritus visitadores del Espiritismo antiguo y moderno*, por el caballero Gougenot-Desmousseaux. En su traducción, que debe ya estar concluida, se ocupa el Pbro. D. Joaquín Martí, franciscano exclaustrado, y de su publicación está encargada la casa editorial de Pons, aunque quien lleva la dirección de todo este asunto es una noble persona de esta ciudad, muy conocida por su fortuna, erudición y decidido amor al papado.

Sin perjuicio de ocuparnos—si lo juzgamos oportuno—de esa obra, á su aparición en esta capital, traducimos hoy lo que sobre ella dijo Allan Kardec, en el *Catálogo razonado* de la librería espiritista: «El autor, RECONOCIENDO LA REALIDAD DE LAS MANIFESTACIONES, procura demostrar que sólo pueden ser obra del demonio.»

Excusado fuera decir, que nos alegramos, y mucho, de que se discute el Espiritismo, y que esperamos con satisfacción el libro de Denionsseaux. Las doctrinas lógicas ganan siempre cuando se las combate. Por otra parte, la obra de Desmousseaux está llamada, en concepto nuestro, á hacer prosélitos á nuestra doctrina. Alegrémonos; pues, y esperemos un nuevo y mayor progreso del Espiritismo en España; pero en la discusión tengamos muy presente nuestra divisa: *Fuera de la caridad, no hay salvación posible*, y no olyidemos, sobre todo, que EL FIN ESENCIAL DEL ESPIRITISMO ES EL MEJORAMIENTO DE LOS HOMBRES. Si queremos triunfar sin dificultad alguna en esta crisis, seamos todos modelo de caridad y de aislada rectitud.

—Z.